

¡Qué cosa, la cosa pública!

Luciana Cadahia

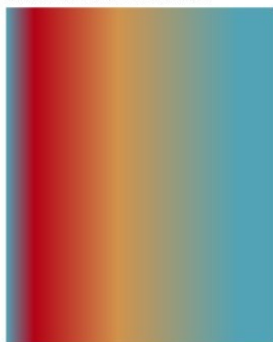
Universidad Católica de Chile, Chile

Correo electrónico: luciana.cadahia@gmail.com

 ORCID: 0000-0002-9659-5023



¡QUÉ COSA,
LA COSA PÚBLICA!
Apuntes shakespearianos para una república popular



EDUARDO RINESI

Datos del libro: Rinesi, Eduardo. *¡Qué cosa, la cosa pública!*
Buenos Aires: Ubu Ediciones, 2021, 280
páginas.

Palabras clave: Republicanismo, popular, oligarquía, líder.

Keywords: Republicanism, Popular, Oligarchy, Leader.

Fecha de recepción del artículo: 03/11/2021 **Fecha de aceptación del artículo:** 25/11/2021

Para citación de este artículo: Cadahia, Luciana (2021). Reseña bibliográfica de *¡Qué cosa, la cosa pública!* de Eduardo Rinesi. *Anacronismo e Irrupción* 11 (21), 606-616.

Me gustaría empezar esta reseña haciendo referencia a la actual escena latinoamericana de los estudios republicanos, una escena que, como trataré de mostrar a continuación, se enriquece gracias a los persuasivos y originales aportes del último libro de Eduardo Rinesi. Estoy pensando en los trabajos pioneros de Julia Bertomeu y su esfuerzo por mostrarnos, desde diferentes ángulos (incluso feministas), porqué la libertad política precisa de mucha interferencia del Estado para que otros no interfieran de manera caprichosa y elitista. Pero también me refiero a la reedición del libro *La república masculina y la promesa igualitaria* de la filósofa chilena Alejandra Castillo, muy en sintonía con los escritos de la historiadora cubana Ailynn Torres Santana, centrados en los vínculos fructíferos entre el reconocimiento y los cuidados desde una perspectiva republicana. Aunque junto a estas reflexiones, de clara orientación feminista, también habría que mencionar la aparición del próximo libro del antropólogo colombiano José Figueroa, *Republicanos negros*, interesado en reconstruir el papel histórico que tuvieron, a principio de siglo XX, afroecuatorianos y afrocubanos en la construcción de una imaginación republicana antirracista y con vocación universal. Cabe resaltar que este aporte empata con los estudios clásicos de James Sanders sobre el republicanismo popular del suroccidente colombiano, los de Valeria Coronel para el estudio del republicanismo indígena en el Ecuador y los de Julio Guanche para la Cuba pre-revolucionaria de los años 20 y 30. Incluso, y en un intento por evidenciar el alcance regional de los actuales estudios republicanos, contamos con la reciente publicación de *Teorías de la república y prácticas republicanas*, bajo la coordinación de la filósofa argentina Macarena Marey.

Aunque la lista podría seguir, y vale la pena hacerlo, me gustaría detenerme aquí para resaltar algo que debería llamar nuestra atención en un momento donde los debates del pensamiento político (y estético) parecen haber abandonado el gusto por la cosa o, mejor dicho, por la *cosa pública*. Por eso resulta tan pertinente que estos diferentes estudios, que acabo de mencionar, estén

organizando, contra todo pronóstico, una curiosa trama de alcance latinoamericano (pero no solo) sobre la que merece la pena decir algunas cosas. Ante todo, tienen un papel clave al momento de pensar qué puede ofrecer un lugar de enunciación como el latinoamericano (y caribeño) en los debates del pensamiento y, más precisamente, del pensamiento republicano. Porque lo que está claro es que si bien esta nueva trama republicana ayuda a pensarnos, es decir, a pensar la historia de nuestras precarias repúblicas de este lado del mundo, también es verdad que ayudan a pensar en general la vigencia que encierra, aún hoy –y después de miles de años dándole vueltas a este asunto–, esa extraña cosa llamada la *cosa pública*. Si insisto en estos dos términos (cosa y pública) que se cifra en la palabra república, y que tan agudamente escogió Rinesi como título de su libro, *Qué cosa, la cosa pública*¹, es porque en un momento de extrema fragilidad epocal quizá no sea tan mala idea volver a insistir en que allí hay algo que merece la pena conservar como gesto irreverente. Y si escojo la palabra irreverente para adjetivar este gesto propiciado por un puñado de intelectuales latinoamericanos y caribeños, donde me gustaría situar las reflexiones de Rinesi, es porque creo que esta actitud va en contravía de cierto sentido común académico que se asume a la dízque vanguardia de los debates actuales. Si atendemos a este nuevo sentido común, pareciera existir un cierto pudor o, en sus casos más extremos, un rotundo rechazo a descubrir algo positivo en el estado, las instituciones y los liderazgos populares que pueden llegar a gobernar el estado y habitar sus instituciones. Más aún, el costado más radicalizado de esta tendencia procura cancelar nuestros pasados republicanos al identificar a la república con la modernidad y, a esta, con el eurocentrismo más recalcitrante. De ahí que resistirse a tirar por la borda la república, la modernidad y cierta producción intelectual europea pueda resultar un gesto, cuanto menos, antipático. Y más si esta irreverencia o antipatía, para los ojos de cierta noción de novedad, supone traer a escena una tradición de pensamiento

¹ Eduardo Rinesi, *Qué cosa, la cosa pública*, Ubu: Buenos Aires, 2021.

milenaria. En nuestro caso, es decir, este lugar de enunciación, tirar del hilo de la trama del pensamiento republicano significa hacer aparecer una vieja escena, donde el nombre de José Martí hace resonar al de Simón Rodríguez y, desde ambos nombres –esto es, desde nosotros, hoy–, se hace reverberar la madre de todas las revoluciones republicanas y plebeyas de nuestro continente americano, a saber: la revolución de Haití.

Volver a la cosa pública, como nos propone Rinesi, entonces, supone la novedad de descubrir un cierto gusto por el pasado como forma de iluminar zonas opacas de nuestra historia. Un gusto estético que se revela como compromiso político desde determinados legados emancipatorios en los que vale la pena insistir, aunque eso suponga estar atado al pasado (de cierta manera). Y, en el caso del trabajo intelectual de Rinesi, también supone atar las reflexiones políticas de la república a los desenlaces trágicos de la ficción. Porque atarse al pasado (o repetir la escena del pasado) también puede significar una forma de invención del presente, más allá de cualquier repetición monótona de lo supuestamente acontecido. Y porque imaginar una atadura no es lo mismo que sentir un lastre. A veces atar cabos no es más que sujetar, con nudos, cosas que andaban sueltas. Por lo que hacer nudos con el pasado puede ayudarnos a construir las tramas ficcionales que le dan forma a la realidad, puesto que, como nos recuerda Mariátegui, solo podemos *encontrar la realidad (política) por los caminos de la fantasía*. Y la fantasía no tiene valor sino cuando crea algo real. Es por eso que en *Qué cosa, la cosa pública*, y haciendo resonar esta forma tan mariateguiana de pensar la política, Rinesi organiza todas sus reflexiones alrededor de cuatro obras clásicas del dramaturgo inglés William Shakespeare, a las que va a llamar obras republicanas. Se va a centrar allí porque como se anuncia en la introducción a su libro, le interesa:

[L]a capacidad que tienen los textos *dramáticos* de Shakespeare (que se nutren siempre de fuentes históricas, pero que hacen siempre con ellas otra

cosa) para ayudarnos a pensar algunos problemas teóricos sobre la política, y específicamente sobre *nuestras* discusiones políticas actuales.²

Así, las cuatro obras escogidas por Rinesi, *La violación de Lucrecia*, *Coriolano*, *Julio Cesar* y *Antonia y Cleopatra* –como la llama mediante un curioso lapsus en la página 246–, centradas cada una de ellas en un período de los casi cuatrocientos años de historia republicana, funcionan como un campo de operaciones para intervenir en los debates contemporáneos del republicanismo en América Latina (y el mundo). O, expresado en las palabras del mismo autor:

con el correr de las páginas, a los fascinantes escenarios de ese gran laboratorio de las ideas y de las luchas republicanas que fue la Roma antigua, y que el recorrido por esos escenarios, esas ideas y esas luchas nos permita volver un poco mejor pertrechados a nuestros propios días y a nuestras propias discusiones”.³

No obstante, Rinesi nos advierte sobre algo que cualquier teorización de lo político no debería perder de vista. Por un lado, que un oscuro fondo trágico asecha, a modo de espectro, cualquier praxis política. Y, por otro, que a pesar de existir este espectro de lo trágico en la vida política de los pueblos y sus individuos, no por eso debemos confundir a esta con la estructura de lo trágico. La tragedia, tanto en su vertiente antigua como moderna (cabría preguntarse por la estructura contemporánea), estima que los conflictos desatados por las fuerzas históricas, al ser radicales e irreductibles, no encontrarían otra solución que, como diría Hegel, desintegrar todas las partes del conflicto. Si asumiéramos que la política tiene esta estructura, parece sugerir Rinesi, cualquier horizonte emancipador estaría condenado a una fatalidad irreductible en la que nuestras decisiones terminarían dando exactamente igual. Por eso sugiere, más bien, considerar a la tragedia como un “instrumento conceptual útil y muy potente para pensar los problemas de la política”⁴, entre otras cosas porque, al laborar

²*Op. cit.*, p. 27.

³*Ibidem.*

⁴*Op. cit.*, p. 33.

con el conflicto, nos ayuda a pensar el carácter “frágil y precario que tienen siempre nuestras vidas”⁵ y que esa fragilidad nos ayuda a entender mejor por qué “queriendo hacer una cosa, solemos hacer otra”⁶.

Antes de entrar en los capítulos del libro, cada uno de ellos organizado a partir de una de las tragedias republicanas de Shakespeare, me parece importante decir algo sobre la forma en que este autor teoriza a partir de la tragedia. Guillermo Vazquez, prologuista del libro, dice sobre la escritura de Rinesi algo que me parece muy acertado. A través de una cita de Ingmar Bergman⁷, Vazquez sugiere que los textos de Rinesi, al jugar constantemente con los mecanismos de la repetición, terminan por revelarnos su carácter vivo y palpitante, como si con cada ejercicio de repetición naciera una idea diferente.⁸ Por eso, si prestamos atención a la estructura argumental del libro, resulta difícil establecer un desarrollo meramente lineal o analítico de las ideas. Por el contrario, las frases se repiten todo el tiempo, una y otra vez entran en escena, y con cada entrada experimentamos un desdoblamiento ingenioso y riguroso del pensamiento político.

Ahora bien, cada capítulo responde, de manera cronológica, a la historia de la república en Roma, es decir, desde su nacimiento hasta su desaparición, en ese momento en que es engullida por la forma imperial. Esta decisión supone, como advierte Rinesi, no seguir el orden cronológico en que Shakespeare escribió las obras. Si *La violación de Lucrecia* marca el hundimiento de la monarquía y el nacimiento de la república romana, *Antonio y Cleopatra*, en cambio, atenderá al desenlace trágico que pondrá fin a ese laboratorio político de imaginación popular (aunque no siempre). Y resulta interesante la atención que le presta Rinesi al hecho de que en ambos momentos históricos (o ambas tragedias, que para el caso es lo mismo) los personajes femeninos cumplen un rol crucial. La

⁵*Op. cit.*, p. 36.

⁶*Op. cit.*, p. 40.

⁷Véase, *Op. cit.*, p. 19.

⁸Véase, *Op. cit.*, p. 19.

acción de Lucrecia, quien después de ser violada por el hijo del monarca, decide emplear el único recurso privado que tenía a su alcance en una sociedad patriarcal como la de entonces, esto es, actuar contra su propio cuerpo, termina por convertirse en el primer acto público que pondrá fin a la monarquía y hará nacer la república. Como muy bien señala Rinesi, si bien el pensamiento político no tuvo, como en el caso de Maquiavelo y Hobbes, la perspicacia de ver todo lo que había en juego con la decisión de Lucrecia, al punto de considerarla un personaje marginal, la sensibilidad de un pensador trágico como Shakespeare sí expresó la astucia de descubrir todo lo que se jugaba con la acción de *hacerse matar para hacer vivir otra cosa*. Algunos dirán que sin la decisión de Bruto de vengar la muerte Lucrecia la monarquía no habría caído, es verdad, pero sin la decisión de Lucrecia de quitarse la vida no habría nada que vengar ni nada que alterar. Más aún, si pensamos, como sugiere Rinesi, en ese lugar que Lucrecia le asignará a la fragilidad de los cuerpos femeninos (y masculinos) como recurso de los líderes populares para la transformación de las repúblicas. Y también merece la pena prestar atención a la figura de Cleopatra, una de las protagonistas de la última obra, quien tiene la inteligencia y la sensibilidad como para descubrir que con la muerte de su amante Antonio, el compañero leal de Julio César, moría toda una época republicana. De ahí que decida organizar los ritos fúnebres según la ya extinta costumbre de la convulsa república. Todo lo cual nos lleva a un punto crucial que Rinesi no se cansará de pensar a lo largo del libro: la tensión irreductible durante la república romana entre una vocación democrática o popular y un impulso antidemocrático u oligárquico:

Que es que si hay un republicanismo aristocrático, minoritarista y antipopular que desprecia en el mismo gesto y por esa misma razón al pueblo y a sus caudillos, y que es el que se expresa, en la pieza que estamos estudiando [...] tal vez sea posible contraponer a ese tipo de republicanismo otro tipo de republicanismo, al que la historia de las ideas viene enseñándonos desde hace dos mil quinientos años a llamar 'popular' o 'democrático', que probablemente no tenga tanto que temer de los caudillos y de los líderes del pueblo *porque no tienen tanto que temer del pueblo*.⁹

⁹*Op. cit.*, pp. 185-186.

Es gracias a los diálogos entre las distintas figuras ficcionales de las obras, como Rinesi va a desentrañar esta singular tensión que no siempre es tenida en cuenta en los debates sobre republicanismo. Y lo que va a diferenciar a una vocación de la otra es su amor o desprecio al pueblo. En el capítulo dedicado a *Julio César*, Rinesi se detiene a pensar en los discursos ofrecidos por los dos oradores del funeral de César, es decir, Bruto, su asesino, y Antonio, su compañero leal. En cada discurso no solo se observa un riguroso trabajo de la retórica (palabra tan denostada hoy en día pero que antaño tenía por finalidad trabajar las figuras del pensamiento para descubrir su capacidad, a través de la fantasía y el ingenio, de afectar el alma humana), sino también el lugar que cada uno le asigna al pueblo. Como muestra Rinesi, con Bruto experimentamos, mediante su esfuerzo por justificar la muerte de un hombre generoso pero dizque ambicioso como lo era César, su desprecio por lo popular, puesto que en su oratoria le exige al pueblo dos cosas, por un lado, que acepte las razones de su asesinato a César dado que él, Bruto, es un hombre de honor y, por otro, que como “él es un hombre de honor, hay que oírlo, hay que creerle y ha que obedecerle”.¹⁰ Es decir, Bruto le exige al pueblo que se calle, que le crea y que le obedezca porque lo que él dice se sustenta en la honorabilidad. Como señala de manera perspicaz Rinesi, sustentar los argumentos en el honor es sustentar la palabra en un valor nobiliario, aristócrata, que poco o nada tiene que ver con el valor de la virtud republicana.¹¹ Por eso Rinesi concluirá que Bruto:

es un republicano, sí, y su discurso es un discurso republicano. Sí. Pero es un discurso republicano aristocrático y anti-popular. Y lo que hizo, lo que hicieron él y sus amigos de la élite, que fue asesinar en patota y a traición a un líder político amado por su pueblo, no lo hicieron por republicanos, sino por aristócratas.¹²

¹⁰*Op. cit.*, p. 231.

¹¹Véase, *Op. cit.*, pp. 232-233.

¹²*Op. cit.*, p. 233.

En el discurso de Antonio, en cambio, observamos una operación completamente diferente. Antes de comenzar su oratoria –o quizá como parte de ella– le pregunta al pueblo si puede acercarse a ellos. Es decir, ir hasta ellos, ser parte de ellos. Luego, comienza toda una operación que desmonta, a través de una sutil ironía, la estructura argumental del discurso de Bruto, centrado entre su supuesta honorabilidad y la supuesta ambición desmedida de César, para, finalmente, mostrarle al pueblo el cuerpo si vida, pero aún sangrando, de su gobernante. Dejando así, a la vista de todos, la fragilidad del cuerpo de un líder que había sido amado por su pueblo y, lo que es más importante, correspondido él. Pero ahondemos un poco más en el lugar asignado a la figura del líder a lo largo de estas reflexiones shakespearianas. Porque allí Rinesi nos va a ofrecer, a mi entender, una de las tesis más potentes, y que viene a deshacer uno de los prejuicios más arraigados en la historia de los argumentos republicanos. Me refiero a...

cómo definimos al republicanismo. Si lo definimos (tenemos todo el derecho a hacerlo: estamos haciendo teoría, es decir, literatura, y nadie puede prohibirnos que hagamos lo que queramos y que definamos los conceptos como se nos dé la gana), si lo definimos, digo, como un antipersonalismo, entonces sí, claro, cada vez que veamos un líder personalista tendremos, en nombre de la república, que ir mandando al afilador nuestros puñales. Si en cambio elegimos definir al republicanismo como una apuesta por la res publica, por la cosa pública [...] lo que deberíamos hacer, al revés, es preguntarnos cuánto ha favorecido –o cuánto ha perjudicado– a la defensa y a la promoción de esa *cosa pública* la existencia de ese tipo de líderes.¹³

Lo que Rinesi nos plantea, entonces, además de que los gobiernos personalistas no siempre son gobiernos anti-republicanos, que hay muchas razones (incluso históricas) para creer que los republicanismos populares (o democráticos) han estado atados a este personalismo. Y que este personalismo, arraigado en un vínculo amoroso entre el líder y el pueblo –como lo era el de César con el pueblo romano– lejos de hacer peligrar la república puede ayudar a cuidarla, defenderla y ex-

¹³*Op. cit.*, p. 224.

pandirla. Y, al revés, que no siempre los anti-personalismos, como era el caso del senado romano que asesinó a César, ayudan a conservar la república y, menos aún, contribuyen a que el pueblo se sienta (y forme) parte de la cosa pública. O, como sugiere Rinesi, cuando traslada este drama romano (y shakespeariano) a la escena argentina:

[N]o habría que hacer llegar el argumento contrario, el argumento *anti-personalista*, al punto de hacer de cualquier forma de caudillismo popular una afrenta de principio contra los pilares mismos de la república, pilares de los que muchas veces los líderes democráticos amados por sus pueblos han sido mucho mejores defensores que las minorías antipopulares que en general tienden a representárselos –en nombre de un idea de la república por lo menos muy parcial– como la quintaesencia de lo que habría que combatir.¹⁴

Podríamos decir que mediante el contraste que nos plantea Rinesi entre los dos Brutos que aparecen en la historia de la república romana (la de su inicio y la de su ocaso), el Bruto de *La violación de Lucrecia*, que puso fin a un personalismo mezquino y completamente desinteresado por la cosa pública, por un lado, y el Bruto de *Julio César*, que al acabar con un personalismo que defendía y cuidaba la cosa pública puso patas arribas la vida republicana de Roma, donde encontramos las claves para entender que no es muy inteligente pensar de manera apriorística la política y, mucho menos, pensarla según unos automatismos moralizantes que poco y nada tienen que ver con el acontecer vertiginoso y deslumbrante de la historia humana.

En todo caso, sí puede valer la pena, como se esfuerza en mostrarnos Rinesi a lo largo de su libro, pensar la política desde ese extraño juego que se produce entre lo arcaico, esas estructuras que no podemos dejar de repetir para dar lugar a lo nuevo, y lo contingente, eso que acontece siempre de un modo inesperado y que trastoca los planes de cualquiera. Pero, por sobre todas las cosas, que en ese misterioso juego entre lo arcaico y lo contingente se abre paso la política, un modo singular de hacer del humano que se desdobra entre quienes no

¹⁴*Op. cit.*, p. 226.

se cansan, con todos los medios a su disposición, de doblegar, trastocar y hasta erradicar la voluntad popular y quienes, haciendo uso de ese mismo recurso, no se cansan, como Rinesi y como las autoras y autores nombrados al inicio de esta reseña, de seguir imaginando formas pasadas, actuales y, por qué no, futuras, de la voluntad popular en clave republicana.